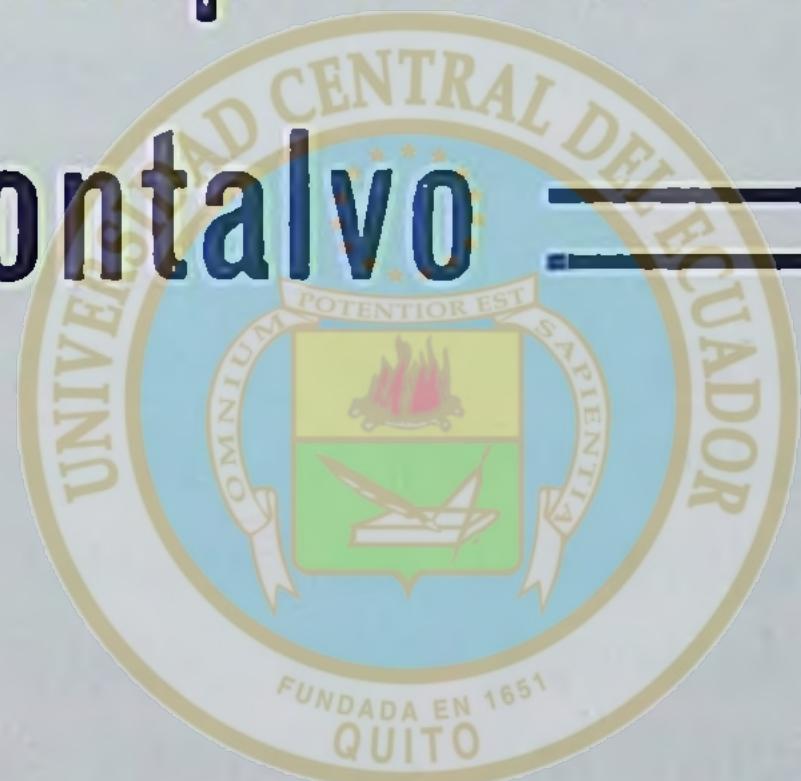


Por el Profesor de Educación Cívica y Metodología en la Universidad Central. —————

X Sr. Dn. Humberto García Ortiz —————

X Interpretación Cívica de
Montalvo —————



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL
RESUMEN DE LA LECCIÓN DICTADA EL 15
DE ABRIL —————

Interpretación cívica de Montalvo

Al hacer una interpretación cívica de Montalvo, hemos de usar forzosamente un tono mayor que el generalmente usado en nuestras clases.

Ni el desmedido elogio, ni una exigente crítica tendrán cabida en esta, por otro lado, breve disertación.

En primer lugar, hemos de considerar a Montalvo, bajo un doble punto de vista, uno general, que abarque sintéticamente los múltiples aspectos del hombre polifásico; otro, particular y detenido, que se refiera al examen de su aspecto cívico.

Pero, ante todo, conviene que echemos la mirada sobre ciertos antecedentes que juzgamos necesario analizar, como labor previa a la exposición posterior.

Es ineludible la influencia que sobre el individuo ejerce el mundo exterior. ¿Qué clase de mundo exterior era el que rodeaba a Montalvo?

El mundo exterior puede dividirse en mundo exterior físico y social. ¿Cuál es la parte que toca al primero en la elaboración de la personalidad montalvina? Si hemos de creer en que el temperamento individual, la complejidad psicológica, el todo humano, en una palabra, guardan su oculta relación con el ambiente físico dentro del que actúa el hombre, no cabe duda de que el ambiente geográfico ejerció determinada influencia sobre la psicología compleja de Montalvo.

La imponente majestad de la naturaleza, la selva, la excelsitud de la montaña, el bosque, el río, el ardor del tró-

pico, modelaron, a no dudarlo, esa personalidad de gran rebelde y de hombre libre, y determinaron, quizá, su constante actitud de combativo.

Por otro lado, esa misma magnificencia tropical, esa suerte de sagrada soledad que da la selva, no debían pasar sin imprimir el inevitable rasgo romántico, otra permanente actitud del hombre de Ambato. Si, es indudable que allí incubó Montalvo su veta de puro romanticismo, que se verá diluido casi en toda la vida y en toda la obra del Cosmopolita.

El mundo exterior social puede subdividirse en general y particular. El primero contempla el ritmo de la época, dentro del mundo occidental entero; las grandes ideas, flotantes en aquel tiempo, entre los pueblos de Europa y América. El segundo dice relación, de manera concreta, al circundante medio ambiente nacional; al grado de cultura alcanzado por el país, en ese entonces.

El mundo occidental del siglo XIX es un mundo individualista, liberal, científicista y romántico.

En lo político, la doctrina russoniana impera irrestrictamente, y el sistema democrático-liberal, aún no convencido de sus propios vicios, se convierte en la norma de los pueblos libres. La República, con sus falsos cimientos de justicia y libertad, falsos por irrealizables y utópicos, seduce a las masas y a los hombres pensantes, por igual, tornándose en la mejor fórmula política del siglo pasado.

En lo social, se observa el predominio de la burguesía, desarrollada en la primera mitad del siglo, que ejerce presión sobre las clases trabajadoras, acentuándose, por ello, cada vez más, una pugna de clases sociales. El contraste entre la riqueza y la miseria va creciendo y subiendo de punto, hasta alcanzar su máximo en nuestros mismos días.

En lo literario, aún no ha sido olvidado el principio romántico, y su influjo palpita en las novelas y escritos de entonces. La sombra de Victor Hugo, extendida desde Notre Dame, cubre todavía los cuatro puntos cardinales de la literatura.

En cuanto al medio ambiente nacional, cabe anotar las consideraciones siguientes:

El Ecuador de entonces es una nación en vía formativa: pueblo joven, apenas nacido a la vida independiente, vacilante y sujeto a mil achaques de carácter hereditario.

En lo político, rige también el sistema republicano, representativo y liberal, como en los pueblos de la vieja Europa. Pero, como en esos mismos pueblos también, y, más que en esos, en el nuestro, el fenómeno político nos enseña que la función gubernativa falsea por su base, pues no es función representativa de la soberanía popular, sino atributo exclusivo de una aristocracia criolla, semiculta, aburguesada ya, dominadora y explotadora de los demás hombres.

Esta minoría, además, es constantemente explotada por dos castas, ya mancomunadas, ya en riguroso turno, castas cuya hegemonía hubo de dejarse sentir a través de toda la época republicana, perdurando hasta en los actuales tiempos, ciertos rezagos del pasado histórico. Esas dos castas, tan inútiles como ponderables, son el militarismo y el clero.

En lo social, apenas si puede percibirse una organización. No se ve más que una gran masa de población, siempre sometida al dominio de aquella aristocracia inepta, que la explota y la envilece, a cambio de mantenerla siempre sujeta a la ignorancia y al prejuicio.

En lo literario, florece el romanticismo, con vigorosos impetus, siendo casi la fórmula única de toda la producción ecuatoriana. Los ecos de Lamartine, del mismo Hugo, de Larra y Espronceda, se perciben tan sonoros y tan nítidos, que no parece sino que el aire romántico saturase la atmósfera lírica de nuestros pueblos.

Tal es el medio ambiente. En este medio adviene el hombre. Aparece Juan Montalvo. ¿Qué clase de hombre es Montalvo, en definitiva? Un miraje psicológico. Ante todo, un dato de gran importancia: su inferioridad física.

Al trazar Emil Ludwig, la biografía del Kaiser Guillermo II, nos indica cómo un hecho, insignificante al parecer, tiene trascendental importancia, más tarde, en el desarrollo del carácter y del modo de ser del último de los Hohenzollern. La parálisis de su brazo izquierdo provoca, por el complejo

de inferioridad física, una reacción psicológica de dominio, un sentimiento autocrático, cuyo secreto existir se notará a través de toda la vida.

Algo semejante podemos decir nosotros de nuestro Montalvo. Un hecho físico también, la enfermedad que le deforma el rostro, en los primeros años, despierta en él, por reacción psicológica también, más que despierta, pule y aguza los rasgos autocráticos de la compleja psicología montalvina. He aquí como unas viruelas —cosa simple— trascienden a la formación temperamental del gran rebelde. El mismo, en su autoretrato, deja entrever el surco que se abriera en su interna complejidad, debida a la imperfección física. Muy semejante en éste, como en muchos otros aspectos, a Lord Byron, el hombre que hizo de su pie cojo un sublime defecto, Montalvo arranca sus ímpetus de dominador, ya de hombres, ya de mujeres, del oscuro fondo de su inferioridad facial.

Psicológicamente, Montalvo es una mezcla de tipo extravertido y del introvertido, notándose el predominio del primero en el Montalvo político; y del introvertido, en el Montalvo literario y romántico.

¡Extraña personalidad, ciertamente, la de Montalvo, que reune en sí caracteres psicológicos disímiles, quizá antagónicos!

Este es el hombre, tal como adviene al mundo. Vemos la obra de la cultura sobre él. Dotado de poderosas facultades intelectuales, Montalvo asimila todo el acervo de conocimientos, que integraban el patrimonio cultural de Occidente. Grecia, Roma, Edad Media, etc. se acoplan en su mente, dejándola saturada de ilustración y de saber. Esta cultura, adentrada, connaturalizada, le vivirá fascinando continuamente, y le saltará en su interior, como algo que pugna por salir, por materializarse en creaciones reales. Espíritu greco-romano-castellano en cuerpo indo-americano: eso es Montalvo.

Y lo tenemos formado al hombre. Y ahora, preguntémonos ¿que clase de hombre es Montalvo?

Primeramente la visión sintética: lo geométrico es, a veces, simbólico; si quisiésemos representar a Montalvo por

una figura geométrica, lo haríamos por un triángulo: Libertad, Justicia, Belleza.

¿Es un genio Montalvo? Un ilustre Profesor mío, el Dr. Agustín Cueva, hablando en cierta ocasión de García Moreno, me decía: «García Moreno fué un hombre genial, pero no un genio. Para serlo, le faltó la visión del futuro, el estar *más allá* de su época». Lo mismo podemos decir de Montalvo. No fue un genio, sino un grande hombre, un hombre genial. Ciento que dominó su época, estuvo por encima de ella; mas, no alcanzó a tener la visión clara del futuro, propia del genio; no llegó a colocarse, por el esfuerzo creador, *más allá* de su tiempo.

¿Es un filósofo Montalvo? En estricto sentido, no; aún cuando exista una filosofía montalvina de la política.

¿Literato? Si sólo le juzgáramos por sus «Capítulos que se lo olvidaron a Cervantes», quizá; pero, ello sería unilateralizar su personalidad.

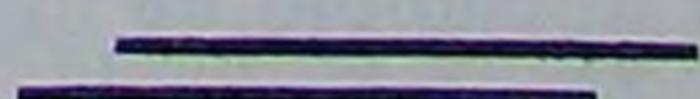
¿Político? A juzgar por sus «Catilinarias», por su «Cosmopolita» y por el «Espectador», no cabe duda que sí. Pero restringiríamos su grandeza.

¿Qué es, entonces, Montalvo? Hombre poliédrico, es, ante todo y sobre todo, como ha dicho Rodó, un luchador, un combatiente, un apóstol.

Apóstol infatigable de la libertad y de la justicia, las quiere ver siempre realizadas; de allí que mantendrá siempre enhiesta su figura de defensor de ellas.

El mundo ideológico, preñado de paz y tolerancia, de respeto y de orden, de libertad y armonía, que llevaba en su cerebro, le acuciaba y le impelia a querer implantarlo, en su pueblo, donde sólo había presenciado una realidad de intolerancia y fanatismo, de opresión y de injusticia.

Liberal romántico, a la manera de Rousseau, quimérico demócrata, soñador, quiso o pretendió ver florecer en su país, las virtudes republicanas que Grecia y Roma dejaron en la Historia; quiso que esta democracia absurda pudiese ser, como las democracias europeas, centro de tolerancia, de libertad y de justicia.



Largo sería perseguir el hilo de los sucesos montalvinos. La trayectoria dejada con el reguero de su actitud olímpica, es indefinida. Solamente, queremos contemplarlo frente a su contendor, el noble tirano García Moreno.

Si bien es cierto que toda la vida de Montalvo estuvo dedicada al ataque y a la lucha; si bien es cierto que, por lo mismo, hubo de enfrentarse, ora con Urbina, ora con Borrero o Veintimilla, ninguno es digno de ser considerado como su contendor, salvo el genial García Moreno, conforme lo dice Blanco Fombona.

García Moreno, en verdad, es otro hombre genial. Tampoco llega a la categoría de genio, pero es un ilustre hombre y, aunque tirano, ilustre al fin. El mismo Montalvo lo reconoce y, en el fondo, siente hasta una especie de admiración por el despótico mandatario. Lo encuentra dotado de cualidades excelentes, y colocado en un plano de igualdad. De ahí que, cuatro años después de la muerte de García Moreno, hubo de excluirse decepcionado: «Para lo que ha sucedido en el Ecuador después de la muerte de García Moreno, yo de buena gana le habría dejado la vida al gran tirano».

Psicológicamente, García Moreno es un puro extraver-
tido; de aquí su relativa inferioridad frente a Montalvo, que, a veces, nos denuncia su intraversión. Su temperamento es también autocrático y dominador, semejante al de Montalvo.

En el fondo, García Moreno y Montalvo no se contraponen; antes bien, se complementan. La oposición es más aparente que real. Coincidén en las finalidades, aunque los separen los medios. Ambos son fanáticos; ambos procuran el mejoramiento de la colectividad; ambos convergen, pues, a la misma meta. Pero, diferenciándose ya en los medios, mientras García Moreno cree posible llegar a ese mejoramiento, por una vía violenta y al influjo del criterio religioso, Montalvo sólo cree posible, por obra de la razón, de la libertad y del espíritu de justicia.

Si Montalvo es la idea, García Moreno es la acción; si el uno quiere moralizar a los pueblos por el *logos*, el otro lo quiere por el dogma.

Es así cómo frente al cúmulo de fuerzas alógicas que se revuelven, en esa hora, Montalvo solo representa el *logos*, es un tipo representativo de lo lógico, de la razón. Frente a una cantidad alógica, la unidad lógica.

Entrambos, García Moreno y Montalvo, adquieren un alto relieve de grandeza, en aquella época excepcional.

Pero, mientras éste llegó a la grandeza, sin el soporte de la opinión pública, sin la ola humana que lo impulse; aquél, se apoyó sobre esa ola colectiva y, así, llegó también a la grandeza.

Keyserling nos cita una célebre frase de Bismarck: «El hombre grande tiene la magnitud de la ola que lo impulsa». Esa ola humana, el «inconsciente colectivo de la época», que diría Keyserling, lo empuja a García Moreno, porque, acaso por un don intuitivo, supo acordarse al sentido o contrasentido de su tiempo.

En tanto que Montalvo es, más bien, un elemento discordante, que encarna la reacción, como una mónada pensante al lado de la masa instintiva y fácilmente sugestionable. El mismo, a falta de ola que lo impulse, se convierte en tal, por gracia de su ideología libertaria y rebelde.

García Moreno es intuitivo; Montalvo analista, en lo que atañe a la marcha de las colectividades. García Moreno es el estadista, aunque teocrático; Montalvo es el político, aunque romántico. Por ello, si Montalvo hubiese llegado a ser gobernante, habría fracasado, a causa de su ideología casi ilusoria.

García Moreno tuvo una concepción aritmética de la Sociedad, de la libertad y de la moralidad. Y quiso que estas dos últimas fuesen una suma, cuyos sumandos estrictamente seleccionados no se contaminasen con las unidades que, en su concepto, habían perdido su valor. De allí su famosa fórmula: «Libertad para todo y para todos, menos para el mal y los malhechores». Pero, ¿quiénes eran éstos? los que, en algún sentido, estaban frente a él o contra él. En cambio Montalvo, como hombre esteta, romántico e idealista, tuvo una concepción estética, platónica, de la sociedad. Y él, que, con el alfabeto gramatical había formado tantas y tan hermosas combinaciones de palabras, no cayó en la cuenta de que el alfabeto humano era irreductible y no se prestaba a ninguna combinación estética posible.

García Moreno se torna, a la larga, en el caudillo ecuatoriano. El caudillo surge, más que por su propio esfuerzo, por el sustento que le presta la masa de las gentes. En tal virtud, García Moreno debió su caudillaje, antes que a su valor personal, a la ola del momento. Pero ¿cómo se expli-

ca el caudillismo? Hay una razón sociológica que explica este hecho colectivo. Cuando los pueblos atraviesan los estadios inferiores de la evolución; cuando todavía proceden de una manera casi ciega, requieren algo simbólico a qué acojerse. Pero este algo simbólico no está representado por una ley o por una institución, ni por una norma lógica, sino por un hombre. Y no generalmente el idealista, sino el hombre de acción. Aquel que sea, en cierta forma, un intérprete del colectivo anhelar de aquella hora; aquél que, para decirlo en frase keyserlingiana, esté de acuerdo con el espíritu del tiempo, ese será tomado como caudillo.

Este era justamente el caso del pueblo ecuatoriano, sobre el que obraban, además, aquellas taras históricas de las épocas pasadas. Este pueblo se había acostumbrado al caudillaje, porque, desde los primeros años de la República, la gente de cuartel, ensoberbecida por haber dado independencia a estos pueblos, los tomó como cosa suya, bajo una tutela, hasta cierto punto, paternal y patriarcal.

Y en aquel momento histórico, además, las fuerzas alógicas necesitaban, si no de un espíritu lógico que las coordinase y las armonizase, al menos de una fuerza mayor que las reprimiese y las encauzase.

¿Qué de extraño, entonces, que surgiese el caudillismo garciano?

Montalvo no podía ser el caudillo; porque fué, ante todo, un tipo egregio, en el sentido estricto y literal del vocablo. Estuvo situado fuera de la grey, lejos de la grey: más bien, la combatió y la tomó como motivo de sus embestidas líricas.

Pero a Montalvo le faltó hacer un poco de interpretación sociológica de la historia; y, por faltarle, personalizó el ataque, extremándolo al punto de juzgar como culpable del estado de cosas a un solo hombre, sea este García Moreno, Borrero o Veintimilla.

Si se hubiera detenido un momento —cosa que no estaba, desde luego, con su temperamento— a analizar las causas y los antecedentes histórico-sociales de esa situación, quizá hubiese podido darse cuenta de los orígenes del mal. Sin du-

da, hubiera explicado, si no justificado, los vicios sociales de su época, como la resultante ineludible de los diversos factores convergentes hacia aquella situación anómala.

Pero Montalvo no era hombre para detenerse en el examen filosófico de la urdimbre social ecuatoriana; y lo que le faltaba de exégesis, le sobraba de rebeldía y de pasión.

Por ello, jamás fué un talento especulativo de los fenómenos sociales, ni quiso averiguar hasta qué punto cabía hacer responsable al gobernante. Le bastaba la visión experimental de los sucesos, le bastaba observar cómo un hombre, a título de gobernante, oprimía a los gobernados, para que estallase el impetu reivindicatorio de su pecho y se condensase en frases panfletarias y sublimes.

Montalvo tuvo el sueño constante de revivir en la nación ecuatoriana las épocas, plenas de ejemplos democráticos, de la Grecia antigua y de la República Romana; Montalvo, idealista y romántico, de pura estirpe rousseauiana, quiso que el Ecuador se tornara en una República ejemplar, en la que tuviesen vivencia cabal todos los principios de la filosofía liberal; anheló que las supremas normas de la vida republicana estuviesen siempre ceñidas a los principios excelsos de justicia y libertad; quiso que imperase el orden, la paz, la tolerancia, como consecuencias del estricto ajustamiento a la ley, del respeto a las garantías individuales, de la honradez política de los gobernantes; soñó con un Estado mejor, en que éstos y sus gobernados marchasen en completa armonía, nacida del respeto del ciudadano a la ley, y del gobernante, a la libertad individual.

Mas, no cayó en la cuenta de que la realidad ecuatoriana de entonces se hallaba muy lejos de alcanzar a dar vida a fórmulas políticas de tanta validez ideológica.

Y no cayó en la cuenta de que aquellas doctrinas que quizá surtían saludables efectos en países europeos, eran algo exótico, algo extraño, talvez contrapuesto, a la miserable realidad de aquella época.

Esto se debió, sin duda, a la falta de crítica histórica, para la que se requiere una gran serenidad filosófica, actitud incompatible con la índole temperamental de Montalvo. Empero, ¿desmerece esta falta la contienda épica, casi homérica, sostenida por él, con los abusos de la tiranía? En ningún caso, porque de esta contienda va a derivar, para las generaciones posteriores, un valor simbólico, que, no concedido

por los contemporáneos, adquiere, en nuestros tiempos, un relieve inmenso. Así se explica el porqué, ahora, Montalvo sea una figura emblemática de la libertad y de la reivindicación de los pueblos.

García Moreno, de prosapia católica, aspiró a la unanimidad religiosa de sus gobernados, al establecimiento de una sociedad ortodoxa; dogmatizó en el terreno político, con el denuedo de un apóstol converso. Más católico que cristiano, hubo de dirigirse a esos fines, por medios hasta inhumanos, en la creencia de que todo lo que llevaba el sello eclesiástico era bueno.

Montalvo, más cristiano que católico, predicó la tolerancia y el respeto mutuo de las creencias religiosas. Como liberal clásico, no se apartó de la norma religiosa. Pero, más acertado que García Moreno, él comprendía la religión como una práctica viviente de las doctrinas cristianas puras, y no como un vulgar pretexto para mantener el dominio sobre el pueblo ignorante.

Por eso combatió Montalvo, con aire apostólico también, a ese clericalismo farsante, que estaba lejos de poner en práctica los mandatos cristianos. No es que fuese anticlerical; sino que censuraba todo lo que se apartaba de la línea pura, así fuesen sacerdotes los transgresores. En el fondo, Montalvo es hasta un místico; su voz elogia a los varones justos. Mas, contra los que disfrazan con la virtud su ruindad de alma, lanza su verbo de vapulación y de castigo.

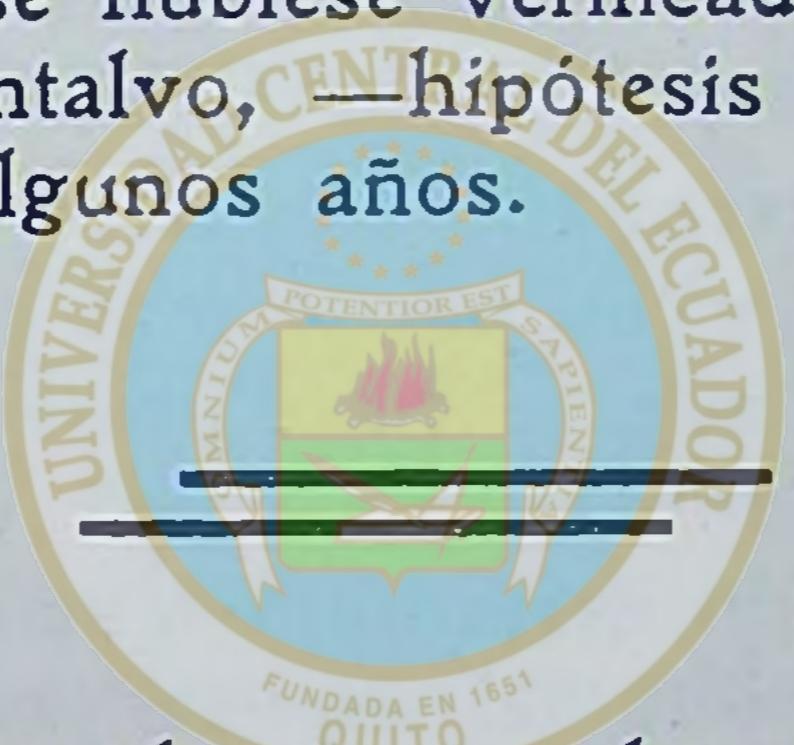
Antes que precursor, Montalvo es obra del liberalismo teórico. Es precursor del advenimiento del partido liberal al poder. Es profeta del hecho histórico; pero es hijo de la ideología que plasmó ese hecho.

En efecto, la doctrina liberal, aunque ribeteada de principios católicos, ya se hallaba difundida en la parte pensante

de la sociedad ecuatoriana; se hablaba, entre las minorías liberalizadas, de la necesidad de restringir la tutela de la Iglesia y de difundir la enseñanza entre la masa inculta; en fin, el liberalismo, como postulado ideológico, vivía ya en las conciencias de los jóvenes intelectuales, coetáneos, y aún anteriores, de Montalvo.

Sólo faltaba el hombre que hiciese de ese liberalismo el canto bético de sus ataques, a la vez que la meta de sus anhelos reivindicatorios. Sólo faltaba el hombre que, en nombre de ese liberalismo, atacase los baluartes de las fuerzas ciegas que actuaban en nuestra historia. Ese hombre fué Montalvo.

Pero, por esta misma razón, Montalvo fué también quien hizo posible la transformación política de fines del siglo pasado. No es que ésta no se hubiese verificado; pero, quizá, de no haber aparecido Montalvo, —hipótesis inverosímil— se habría retardado por algunos años.



Ciertamente, Montalvo es un hombre de puras y auténticas virtudes cívicas. Si el espíritu cívico debe interpretarse por ese afán de ver mejorada la sociedad a la que se pertenece; si ser hombre cívico es luchar denodadamente por el triunfo de las virtudes en la colectividad, nadie como Montalvo puede ser tenido como tal.

Efectivamente, hombre cívico es cuando clama por el imperio de la libertad en todos los órdenes de la vida ciudadana.

Hombre cívico es cuando dice: «Desgraciado del pueblo donde los jóvenes son humildes con el tirano, donde los estudiantes no hacen temblar el mundo».

Cívico se revela también, en estas palabras: «La libertad no es un bien sino cuando es fruto de nuestros afanes; la que proviene del favor o la commiseración es ventaja infamante».

Virtud cívica se requiere para enrostrar los abusos al gobernante despótico, desde extranjero suelo; de igual suerte que virtud cívica se necesita para tolerar las amarguras del proscrito con ejemplar estoicidad. Siguió las huellas, en es-

to, como en su actitud romántica, del otro ilustre rebelde y literato, el desterrado de Guernesey, Victor Hugo.

Cuando considera el valor inapreciable de la libertad, no puede menos de exclamar, en generoso arranque de fortaleza cívica: «La libertad es prenda oculta en las entrañas sociales: trabajo, sudor, lágrimas y sangre requiere para salir a luz; y su vena es tan delicada, que la menor cosa la quiebra».

Republicano estricto, ama el sistema, porque lo cree bueno, útil y justo; grita a voz en cuello por la cabal aplicación de los postulados de la democracia. Empero, alguna vez, con un aire que transparenta el desengaño, producido por la esterilidad de sus admoniciones, llega a decir: «Aunque, por mucho que amemos a la República y profesemos sus teorías, no nos inclinamos a creer que las virtudes serán jamás una misma cosa con ella, hasta cuando Dios tenga a bien infundir en los hombres nuevas y mejores cualidades».

Y, cuando ese desengaño se vuelve creciente y, colmada la medida, rebosa ya y no puede más con él, culmina en la indignación profética, que le hace prorrumpir en esta sentencia: «¡Ah, repúblicas turcas! ... bien quisiera yo una conflagración universal, un terremoto que nos destruya de cimientos». Esta es la voz del espíritu cívico, que no ve otro medio para reformar la sociedad, que una creación sobre cimientos nuevos también.

Hizo muy bien Montalvo en querer que hasta los cimientos se destruyan, porque era en ellos donde radicaba justamente el principio de todas las injusticias.

Tanta desigualdad social, tanta desigualdad política, tanta miseria económica causada por estas desigualdades, tanta opresión, tanto abuso del poder, tanto irrespeto a las garantías individuales, debían golpear el sensible espíritu cívico de Montalvo, con inusitada vehemencia.

Nada de extraño hay, pues, en que sus fibras patrióticas se exaltaran hasta el punto de hacer de la protesta el constante *ritornello* de su actividad política.

Gran virtud cívica es el patriotismo, entendido como el anhelo justo del engrandecimiento de todo aquello que integra la nacionalidad. Y Montalvo predicó con la palabra y con el ejemplo, la virtud de un patriotismo noble, tratando de hacer que todos los ecuatorianos comprendan la grandeza que hay en todo pueblo patriota, libre y virtuoso.

Apasionado del progreso verdadero, consideró Montalvo que no podía darse éste en un pueblo en que sólo se verifican adelantos de orden material, mientras las conciencias permanecen subyugadas a los prejuicios y a la ignorancia.

Torrentes de civismo se desprenden de sus escritos, cuando su palabra sirve para defender la libertad de imprenta. La libertad de imprenta, que no es sino una cierta forma de la libertad de pensamiento, facultad natural de la que viene acompañado todo ser racional, ha sido siempre el blanco de los autócratas gobernantes, que han temido —y con razón— la fuerza de la palabra. Repetidas veces se ha dicho que las ideas no perecen —y ello es cierto—; que el triunfo siempre corresponde al pensamiento. Nada más noble que la idea. Si no fuera por ella, ¿cuál la triste condición del ser humano? Ella dignifica y eleva al hombre, por sobre todos los demás seres; ella sirve para ensalzar los méritos del justo y para acusar los vicios del criminal; la idea, en fin, hace del hombre un ser altísimo, noble y capaz de regirse a sí mismo. ¿Qué sería de la humanidad; qué, de la sociedad; qué, de la persona humana, sin la fuerza de las ideas?

La fuerza de las ideas es más poderosa que todas las fuerzas ciegas de la naturaleza reunidas. Fruto del hombre es la idea; pero, al mismo tiempo, su redención es.

Pues bien, a esta idea, a su expresión, a la libertad de pensar, han combatido casi siempre los déspotas, como si temblasen ante el pensamiento de los demás.

En la historia ecuatoriana, por desgracia, han sido frecuentes los combates a la libertad de expresión. Y no ya sólo de parte de caudillos ignorantes y anónimos, o de soldados incultos y groseros, sino hasta de parte de individuos ilustrados y de magistrados sabios. El mismo García Moreno, defensor de la libertad de imprenta en su juventud, víctima también de la opresión gubernativa, hubo de convertirse, ya en el poder, en atacante de esa misma libertad.

Este deplorable cuadro de la libertad de expresión siempre conculcada, hasta por sus mismos antiguos defensores, ¿cómo no iba a despertar el airado tono de la protesta y de la amenaza en el insigne Cosmopolita?

De allí, sus calurosos arrestos, que le hacían semejante a un jerarca eclesiástico anatematizando a los heterodoxos de la libertad.

Pero, cuando el tirano opriime, cuando los derechos son cosa disponible en manos del déspota, no es flor común el anhelo reivindicatorio, la voz de la justicia y de la razón. Parece como si la violencia se enseñorease y se convirtiese en un postulado dogmático, contra el que todo valor individual ha de ir a estrellarse mansamente.

Sólo el hombre de recio temple moral, sólo quién ha lactado del seno de la libertad, sólo aquel cuyo espíritu es, como el de los varones de la Roma antigua, indomable y austero, sólo ese es capaz de salirle al frente al autócrata empecinado en *deshumanizar* a su pueblo, privándole de las más nobles funciones humanas. Tal fue Montalvo, a través de su épica vida de combatiente homérico o de quijote libertario.

Grande y noble virtud cívica es el condolerse de la situación innoble de nuestros aborigenes. Nunca, ni en parte alguna la injusticia humana llegó a tal extremo, como al que ha llegado el Ecuador en la inverosímil degradación de su raza básica, la raza indígena. Ya, en tiempos de Montalvo, espíritus nobles habían de luchar por la solución del problema capital de nuestra sociedad: la educación del indio y su incorporación a la vida nacional. ¿Podía el invicto apóstol mirar indiferente la suerte de los indios, de los componentes de su pueblo? ¿Podía dejar de alzar su voz para pedir, en nombre de la libertad y del derecho, la regeneración del indio ecuatoriano?

«Los indios son libertos de la ley, dice, pero, ¿cómo negarlo?, son esclavos del abuso y la costumbre». Dura realidad, que aún en nuestros días puede ser expresada.

Y, más abajo, abogando por sus hermanos inferiores, por los negros y por los indios, exclama: «Decirle a un negro: «eres libre», y seguir vendiéndolo; decirle a un indio: «eres libre», y seguir oprimiéndolo, es burlarse del cielo y de la tierra».

¡Cómo comprendía la contraposición existente entre la ley escrita, nominal, abstracta, y la realidad ardua, viviente y miserable! Este ha sido un grave defecto de todas nuestras jóvenes repúblicas. Ilusionarse por un sistema de gobierno teóricamente bello; por unas leyes justas, para cuando son estampadas en las constituciones; tratar de implantar, con gran fervor, esas mismas leyes y de someterse a ese mismo sistema, sin tomar en consideración que cada forma de gobierno y cada sistema de leyes deben ser, ante todo, acordes

con el pueblo donde se los quiere imponer, más todavía, deben ser el espontáneo fruto de su mismo natural desarrollarse. Ciento que, en algún sentido, de este defecto participó también el mismo Montalvo; pero, debe considerársele como absuelto de ello, cuando se le oye decir: «Los pueblos que, saliendo de la barbarie primitiva, se presentan al mundo como nación, se constituyen desde luego en despotismo, por falta de luces y voluntad para mayores cosas».

Esas luces, esa voluntad, sí, eso es precisamente lo que hacia y hace falta. ¿Dónde, el examen justo de nuestras realidades? ¿Dónde, la luz que se extraiga de la cabal comprensión de nuestra sociedad? ¿Dónde, la voluntad de mejores cosas? ¿Dónde, el santo anhelo de los hombres pensantes de engrandecer a su pueblo? ¿Dónde, el prepararle un futuro mejor, de acuerdo con el presente y sobre la base del pasado?

Pero, lo que es más triste y desconsolador todavía, esas luces y esa voluntad reclamadas por Montalvo, lo pueden ser aún por nosotros mismos. Desde Montalvo, acá, ¿cuántas reformas radicales en la composición social del Ecuador? ¿Qué mejor situación para el indio? ¿Ha desaparecido, acaso, la absurda dominación de castas? ¿Por ventura, no sigue siendo la misma farsa republicana la que nos gobierna? ¿No existen la misma desigualdad política, la misma y mayor miseria económica, mayores injusticias sociales?

Hoy, como entonces, el Ecuador urge la reforma; hoy, como entonces, requerimos libertad, justicia, razón: hoy, más que entonces, necesitamos igualdad, pero, antes que política, social, y, antes que social, económica.

He aquí que, en tal virtud, aún necesitamos de Montalvo, de un nuevo Montalvo que, con su verbo nuevo, sepa trazar-nos la ruta de la transformación social, como de la política, la trazara aquél.